



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

## El día que Poza Rica gritó ¡Ahí viene Pedro Infante!

Ricardo Cabrera  
Septiembre 02, de 2020

¡Ahí viene Pedro Infante!, era el grito coreado por los fanáticos congregados a la entrada del parque Merino, el espacio deportivo que albergaba a los petroleros de Poza Rica; ataviado con su traje de charro, el cantante se veía irreal, era innegable su popularidad, pero la impresión de verlo en persona rayaba en la irrealidad.

Las carteleras del cine obrero daban cuenta de los últimos éxitos del ídolo, en 1950: Pedro Infante,



Tuvo una enorme actividad fílmica, ese mismo año se estrenaron, *También de dolor se canta*, *Sobre las olas*, *El gavián pollero*, *Las mujeres de mi General* y *Las Islas Mariás*; y aunque resultaran del agrado popular, todos querían ver a *Pepe el toro*, calaba en el gusto

de nuestras abuelas y por supuesto en nuestros férreos abuelos la forma dramática, llorando al hijo muerto.

El común denominador de todas las historias presentadas en el cine: Blanco y negro. Pedro Infante, era una figura casi mítica, pero monocromática. Verlo



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

caminar, con su sonrisa que le abría las puertas por donde se presentara, ponía a las mujeres de la época al borde mismo de la histeria.



—Oye, yo pensé que era chaparrito —Pedro, cercano a 1.80 —en realidad su estatura era de 1.77, superaba la estatura promedio del mexicano—

El escenario para su presentación se hayaba dispuesto, por este ya había desfilado el gran mimo *Cantinflas*, Poza Rica, era un polo

de bonanza, la población creiente, y el flujo de dinero, la hacían un foro bastante rentable.

La modernidad, comenzaba a invadir los principales espacios de la ciudad del norte de Veracruz, el día de su presentación, llegar hasta las inmediaciones de lo que hoy es el *Parque 18 de marzo*, era prácticamente imposible, en el interior de la cancha, se habían dado cita, miles de personas con boleto pagado, impacientes, coreaban sus canciones; el aviso de que ya había llegado, aumentó el frenesí de quienes esperaban desde temprano.

Pero nada se comparaba con el exterior, afuera, estaban desde aquellos que no encontraron boletos para presenciar la función, y que incluso pagaban el doble, sin posibilidades de hacerse de un ansiado lugar; hasta quienes no tenían posibilidad alguna de entrar, pero que eran desde luego sus más fieles admiradores.

En las inmediaciones, se daban cita los infaltables vendedores de recuerdos, de golocinas, frituras, etc. Un poco más alejados, algunos boleros, era imperdonable, que un buen pantalón, descansara sobre unos zapatos mal pulidos, no faltó alguno,



que al escuchar la algarabía producida por la llegada de la estrella, dejó la tarea a la mitad, con un cliente furioso esperando que regresara.

—Pedro Infante, ¡bah!

Entre los espectadores, un niño de unos ocho años, moreno y flaco hasta la exageración trataba de esquivar los empujones, temprano se había enterado del evento del año; la presentación del popular cantante, eso significaba, llegar mucho antes de la presentación y hacerse de buen dinero con la venta de gelatinas caseras.

Se armó con su vitrina, fabricada expresamente para lucir en sus entrepaños de vidrio, las temblorosas gelatinas de colores, con predominio del rojo, en el medio unas verdes color esmeralda y una ocasional morada de uva, en la cima, destacando los amarillos falnes de leche, con su toque quemado y una infaltable pasa.

Cuando Pedro arribó, la venta había sido bastante buena, solo quedaban unas cuantas, pero pensar en regresar con ellas, cuando los clientes potenciales eran miles, eso no era posible, no, bajo su particular perspectiva de empresario de la calle. A saber cuando ocurriría una venta tan buena como la de ese día.

Un empujón de un hombre que literalmente remolcaba a una mujer, riñendola por llegar tarde, y aunque ostentaba un par de boletos, no le permitían la entrada.

—Esta lleno joven, no puedo dejar que entres

—Me quejare, esto es un fraude —uhhh, eso será mañana, porque lo que es hoy, no paisa...

La marea de gente, con Pedrito a la cabeza se iba acercando, el niño, seguía atento los pasos de la comitiva, esquivaba un gordo aquí, una mujer histérica allá, y la vitrina peligrando, con malabares propios de quien está habituado a la vida en la calle, pronto se vio tan cercano al astro, que aun con la cantidad de gente que se apretujaba, Pedro no pudo dejar de notar su presencia.



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

—Te van a tirar chamaco —el niño no contestó, le devolvió una sonrisa, y le señaló la vitrina como diciendo ¿pues que le hago? y se encogió de brazos.

Un tanto, porque al Pedro realmente le importaba la seguridad del menor, y otro porque sus ojos se habían enamorado de los tambaleantes flanes de vainilla —de sobra conocida su pasión por postres y comida—

—A ver, presta pa'ca; se agachó y sacó un flan que se movió tembloroso en la mano de la estrella, se diría que hasta él estaba nervioso ante la presencia del máximo exponente del cine en nuestro país. Un peso reluciente cambió de manos y la correspondencia de una franca sonrisa del niño.

A las puertas de la entrada, Pedro, se detuvo, la sonrisa bobalicona del que antes negaba la entrada al par que habían llegado tarde.

—No nos dejan entrar, que porque ya está lleno.

—¡Como de que no! y volviéndose a quienes formaban una valla tras él, con su imponente sombrero, cuyos adornos en la orilla fulguraban como una enorme aureola, extendió los brazos, un nutrido grupo, fueron abarcados por el cantante, entre ellos, el niño de las gelatinas.

—Tu también vas pa' dentro chamaco —y uniéndose a la acción dijo.

—Todos estos van conmigo, los gritos en el interior se magnificaron, Pedro, rodeado de un grupo heterogéneo de personas se abrió paso, para la mayoría, la sorpresa fue enorme, después, entenderían la acción del ídolo nacido en Guamuchil, Sinaloa.

Para el niño, encontrar acomodo fue la tarea más difícil de su vida, su vitrina peligraba, era como proteger las crinolinas de una quinceañera. Pero no faltó quien le hiciera un espacio, y desde allí, escuchó las canciones que embelesaban a su propia madre, quien solía pagar un peso para ver una tanda de tres películas.



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

Se dejó escuchar la música, el grito de Pedro Infante y las primeras notas de Amorcito corazón, que fueron coreadas con el silbido que inmortalizara a Blanca Estela pavón.

Todos disfrutaron de una mágica presentación, pero el niño, cuya vitrina ya lucía vacía, y además, en su bolsillo guardaba una moneda especial, era el peso que había recibido de su invitador.

Reía y cantaba a la par con los asistentes, festejando la presencia del ídolo en la ciudad de Poza Rica.

Por cierto, el niño de las gelatinas, es mi padre. 

